

## ILANA, DESDE CERO

*A Franca*

*En un sitio tan pequeño, rodeados de una tremenda hostilidad por todas partes... ¿Cómo puede alguien sobrevivir moralmente en tales condiciones?*

PHILIP ROTH, *Operación Shylock*

NO HAY CAMELLOS en el Corán. Para cierto autor que Ilana ya no relee desde hace rato, eso probaría que el Corán es auténtico. Exceptuando los del zoológico de Ramat Gan, tampoco hay camellos en Tel Aviv. Tel Aviv está en Oriente y no tiene camellos. De verdad: no hay. Pero esa carencia no prueba que Tel Aviv sea una auténtica ciudad occidental, ni tampoco una falsa ciudad oriental. Los camellos, ausentes o presentes, no alcanzan para probar si Tel Aviv es lo que, de hecho, resulta ser: una ciudad medio occidental en medio de Medio Oriente. En Jerusalem sí hay camellos, por lo menos para que los turistas se saquen la foto frente a las murallas de la Ciudad Vieja. En Haifa no hay; en Jerusalem, sí; en Tel Aviv, no (pero en Iafó, tal vez sí: donde hay turistas, hay

camellos). En algunas partes hay camellos y en otras no hay camellos. El camello es un animal intermitente.

Ilana no prende ni apaga un Camel porque no fuma; lo único que hace por el momento es caminar. Avanza bastante rápido: está llegando tarde. Ella tiene 29 años de edad, no fuma y, un año atrás, no se llamaba así. Ilana se cambió el nombre, se puso Ilana cuando se fue a vivir a Israel, es decir, cuando “hizo *aliá*”. Cuando Ilana hizo *aliá*, se fue para allá y se convirtió en una *olá jadashá*. Y, como muchos otros, cambió su nombre original por un nombre hebreo. Es una costumbre. Como empezar a ser otra persona.

Ilana camina rápidamente por la calle Frischmann, rumbo al centro. Está llegando tarde a una cita. Va maquillada: se diría que muy poco, porque está atardeciendo y en esta hora de sombras crecientes apenas se alcanza a percibir el color en los párpados y algo del rubor en las mejillas; pero la verdad es que hoy Ilana le dedicó a su rostro mucho más tiempo de lo habitual. La cita es con un chico que conoció el fin de semana pasado. Grandes expectativas: de hecho, sus expectativas ocuparon tanto espacio dentro de su casa mientras se maquillaba, que se inflaron como se infla el globo de un chicle, el cual, mientras lo iba ocupando todo, no la dejaba alcanzar la puerta de salida; hasta que las agujas del

reloj reventaron ese globo ante sus ojos, para que descubriera que llevaba veinte minutos de retraso. Por eso ahora va caminando así, con una prisa que no se termina de acostumbrar a esos zapatos que Ilana casi no ha usado. Son nuevos, como ella, porque Ilana es una *olá jadashá*, es decir, una nueva inmigrante. Las palabras *olá* y *aliá* tienen la misma raíz que el verbo *lahalot*: subir. Ilana ya sabía bastante hebreo desde antes de llegar a Israel; gracias a eso no se vio obligada a soportar la complicación adicional de tener que aprender el idioma desde cero.

Si se trata de empezar de cero, entonces todo comienza con una cita. No con la de Borges, acerca de los camellos y el Corán, sino con la cita que Ilana tiene en un bar de Dizengoff. ¿Quién es Ilana? Es esa mujer de 29 años que camina apurada por la calle Frischmann. Es una *olá jadashá*, es decir, alguien que acaba de subir. ¿Adónde? A Israel, claro. A Tel Aviv. *En Jerusalem se reza, en Haifa se trabaja y en Tel Aviv se baila*. Así dicen. Pero es un decir, nomás. Porque en Tel Aviv, como en todas partes, también es necesario trabajar. Para sobrevivir, Ilana pasó por muchos trabajos. Ahora, por ejemplo, da clases de castellano en un instituto. No es lo que ella quería hacer, pero resultó que tenía cierta habilidad para eso, y además le pagan bastante bien. Vive en un lindo departamento, muy cerca de Kikar Rabin. Cuando en esa

plaza hay manifestaciones a favor de la paz o en contra de ese muro oprobioso e injustificable que insulta a la humanidad toda, Ilana no falta: ahí está siempre, mezclada entre soldados que se negaron a prestar sus servicios en operaciones que ellos no consideraban de defensa de Israel, mezclados a su vez entre los miles de manifestantes que no dejan que Ilana olvide que los pueblos, a veces, son *a pesar de* sus gobiernos.

Es justamente desde esa plaza, hoy vacía, que Ilana viene caminando. Por Frischmann. Llegando tarde. El fulano con el que Ilana va a encontrarse en el bar es *sabra*, o sea, nacido en Israel. Ciertamente, eso no importa; lo que importa es que no está nada mal y que el fin de semana pasado, cuando Ilana lo conoció en lo de unos amigos, parecía muy inteligente, parecía muy simpático y también parecía muy soltero. Resultado: grandes expectativas. Efecto secundario: más de veinte minutos tarde. Para colmo, con el apuro, Ilana se ha dejado el teléfono celular en casa. Tarde, tarde. ¿Un taxi? Muy caro, además habría que encontrar uno libre. A esta hora, en Tel Aviv no hay camellos ni taxis. ¿Un *óto*bus, entonces? No, habría que ir hasta la parada, esperar... Pero qué tonta, ¿cómo se ha demorado tanto? ¿Qué hace ahí, caminando como una loca por Tel Aviv, tratando de ganarle tiempo al tiempo? Para entenderlo bien habría

que retroceder hasta el verdadero principio de todo, mucho antes de la cita.

Desde cero, entonces:

Ilana (cuando no se llamaba Ilana: cuando todavía vivía en Argentina y era una *judía*; no como ahora, que vive en Israel y es una *argentinait*) daba clases de hebreo. Sí, en Buenos Aires. Con eso ganaba algún dinero; mientras tanto, estudiaba otra cosa. Quería ser psicóloga. Uno de esos casos de vocación clara. Estudió mucho, hizo su tesis, pim, pam, pum y se recibió. Sólo entonces, atendiendo a los reclamos íntimos de su identidad, decidió hacer *aliá*. Hasta ahí, todo bien. Sólo que, ahora que vive en Israel, Ilana no trabaja de psicóloga, sino que da clases de castellano. Así es la vida: le importan un carajo las vocaciones claras.

Apenas llegó, Ilana no podía trabajar de psicóloga porque primero el gobierno debía validar su título universitario. Primer descubrimiento: aquí también puede haber burocracia. Paciencia, Ilana. Cuando por fin le validaron el título, tampoco podía trabajar de psicóloga, sencillamente porque no había dónde hacerlo. Segundo descubrimiento: aquí también puede haber desempleo y recesión económica. Paciencia, mujer. Paciencia.

Pero, como de la paciencia no se come, Ilana tuvo que hacer algunos trabajitos en los que pudo aplicar sus

conocimientos. Entre estas labores iniciales no deberían incluirse su empleo de niñera ni el de vendedora en una zapatería (si bien es posible que en estos empleos la psicología también sea muy útil; de su etapa en la zapatería, su único buen recuerdo son los zapatos que lleva puestos ahora). Su verdadero primer trabajo como psicóloga consistió en ayudar a que un niño autista, que nunca había pronunciado ni una palabra, dijera las primeras —en hebreo— a los cuatro años de edad y frente a sus emocionados padres. Primer gol de Ilana en Israel. Uno a cero.

Otro caso, meses después: un niño de cinco años de edad, perfectamente sano, pero con ambos padres ciegos. En su casa, por ejemplo, no había ni un sólo cuadro colgado en las paredes. Ni una foto, ni un almanaque, ni un plato, nada. Paredes blancas. Cuando se hacía de noche, el niño no encendía las luces, porque sus padres no le habían enseñado a hacerlo; una vez Ilana lo encontró vagando a oscuras por la casa. El niño tampoco se sentía animado a dibujar y —descubrió Ilana— nunca se había visto a sí mismo en una fotografía. El desafío era colaborar en la educación del chico para que no le faltaran los estímulos visuales mínimos y para que, al mismo tiempo, asumiera con toda la naturalidad posible la ceguera de sus padres. De ese difícil asunto se hizo cargo Ilana. El

trabajo era arduo, demandante, pero el niño comprendía y aprendía. Al poco tiempo ya dibujaba, prendía las luces por la noche (con un palo de escoba, porque no llegaba al interruptor) y tenía varias fotos de sí mismo colgadas en las paredes de su cuarto.

Todo marchaba bien, pero el dinero que Ilana ganaba con esos trabajos esporádicos no era suficiente para mantenerse. No en Tel Aviv, porque en Tel Aviv no sólo se baila: también se hacen las compras en el supermercado, se paga el alquiler, el teléfono... Cuando del instituto de castellano le ofrecieron más horas de clase, Ilana no pudo decir que no. Necesitaba el dinero con desesperación. Luego de algunos meses de acompañarlo, tuvo que despedirse del niño y de sus padres ciegos. Les explicó que ella ya no podía hacerse cargo. Ellos entendieron, aunque a Ilana su propia explicación le pareció insuficiente. Después del último abrazo, el niño le regaló un dibujo: un camello anaranjado.

Esa noche Ilana colgó el dibujo en su departamento, cercano a Kikar Rabin. Luego giró y se dejó ir al piso, despacio, la espalda resbalando contra la pared. Así se quedó, con el camello naranja flotando sobre su cabeza; ahí lloró un buen rato. Demasiada presión: cambiar de país, cambiar de nombre, cambiar de idioma, cambiar de trabajos, cambiar de vida. Ilana se vació de

lágrimas hasta que la presión bajó y la aguja de las lágrimas, de todas las lágrimas que había acumulado durante meses, marcó cero.

Desde ese cero, entonces, Ilana se rehizo: porque su tesón natural no le dejaba otra alternativa y porque en el instituto en poco tiempo ganó amistades entre alumnos y profesores. Esto la llevó a ampliar el círculo social, a tejer despacio una nueva red de relaciones, una red como la que alguna vez había sabido tener en Argentina y de la que se había arrancado por propia voluntad cuando, con un pase mágico de El-Al, se había convertido en una *olá jadashá*. Pero ya en Israel fue entendiendo mejor todo. ¿Quién dijo que los que emigran a Israel *suben* a alguna parte? ¿Quién inventó esa mentira tan descarada? Recordaba aquel póster de la Oficina de Inmigración que decía *no te prometemos un jardín de rosas*, el póster cuya foto mostraba sólo espinas: propaganda, sí, pero en su mentira programada eso era finalmente más cierto que llamarle *aliá* a un proceso migratorio donde en todo los ámbitos de la vida los relojes volvían a cero. A veces ella misma se reía de la situación: ¡hasta la persona que en su país de origen no tenía a nadie más que a sus acreedores, aquí ya no tenía más remedio que extrañarlos! Pero ni siquiera el humor limaba lo áspero del asunto, lo espinoso del póster, porque al llegar a la Tierra Prometida lo

que imperaba era una soledad no-amigos no-trabajo no-título no-nada: la soledad de un individuo que no es nadie, que acaba de cruzar la frontera de un cero enorme para vivir dentro de ese óvalo vacío y tratar de poblarlo de nuevos hechos, de nuevas personas, de nueva vida. Porque, aun cuando alguno ya tuviera parientes o amigos en Israel antes de llegar, ¿quién sería capaz de negar la soledad que se siente al tener que juntar fuerzas para empezar desde cero de esa manera? Nadie, así como ninguno negaría lo negro en la noche, como ninguno negaría el Néguv luego de haber ingresado en sus arenas. ¿*Aliá*? Nunca hubo tal cosa. *Ieridá*: bajada, porque uno no sube a Israel, uno baja: todas las cuentas vuelven a cero, y es desde ahí abajo que hay que empezar a contar-se, con nombre nuevo o sin él.

De nuevo, entonces. Desde ahí.

Ilana: tarde, ya casi media hora. Camina, no piensa en estas cosas (ya las pensó antes, ya lloró debajo de un dibujo infantil). La cita es en un bar que queda un poco antes de llegar a Kikar Dizengoff. Ahora es casi de noche, aunque todavía hay un resto de luz cenicienta en el aire. Los autos, las luces rojas de los autos, ya se persiguen calcando la calle Frischmann.

Cerca de la siguiente esquina hay una caja de cartón tirada en medio del paso. Ilana la ve desde lejos.

Está apurada, pero la ve. Nadie toca la caja. Nadie se acerca. Todos pasan caminando y nadie la toca, ni la levanta, ni la mira siquiera. ¿Por qué hacerlo? En Israel nadie tocaría una caja así.

Si en Tel Aviv uno se olvida, por ejemplo, su portafolios en un lugar público, nadie lo tocará. Esto lo sabe todo el mundo. El portafolios queda ahí: nadie lo levanta, nadie lo toca. Si uno no regresa rápido por su portafolios olvidado puede que, para cuando se acuerde, la Brigada Antiexplosivos ya haya llegado y lo haya hecho reventar dentro de un cofre especial. Por las dudas. ¿De quién es este portafolios? ¿De nadie? Bum. No se corren riesgos. Si hay algo sospechoso en mitad de la calle, se llama a la Brigada. Mientras tanto, nadie se acerca, nadie lo toca.

Pero Ilana aún no es del todo israelí; ella todavía conserva buena parte de su natural imprudencia sudamericana. Por eso, aunque va apurada, aunque no debe, la *argentinait* se detiene frente a la caja. Cuidado, Ilana: la curiosidad mató al gato. Mejor no te agaches a mirar. ¿No estabas llegando tarde? Tarde, Ilana, tarde, tic-tac-tic-tac, casi media hora tarde. Ah, pero la curiosidad... Ilana abre un poco más la tapa...

Y gato, gatos, gatitos. Tres gatitos, abandonados en medio de la calle con sus maullidos de juguete. ¿Quién

puede haberlos dejado ahí? Nadie alrededor. Mejor dicho: nadie *quieto* alrededor. Todos yendo y viniendo, gritándose de un lado al otro de las calles, sumándose uno tras otro para discutir en la esquina de enfrente si tal o cual manera de llegar a tal o cual parte de la ciudad es la que más le conviene a un automovilista que a esta altura de la creciente discusión se maldice por haberse detenido a preguntar. Alrededor: la ciudad (su ebullición). Pero ahí, junto a la caja, sólo Ilana, ahora en cuclillas sobre sus zapatos nuevos. Zapatos cero kilómetro.

Primera reacción: dejar los gatitos ahí y seguir andando. Alguna otra persona se hará cargo; alguien los verá y llamará a la sociedad protectora de animales, o algo así. Pero los semáforos de esa esquina no favorecen la huida de Ilana: la detienen y le dan tiempo para pensar un poco más. Si no recuerda mal, regresando un poco y desviándose dos cuadras por la calle Spinoza, hay una veterinaria. A lo mejor podría llevar los gatitos hasta ahí y pedirles a los médicos que... Pero no, no: mala idea, no es el momento. Mejor dejarlos aquí. Aunque son sólo dos cuadras... Dos de ida y después dos más de vuelta. Ilana va a llegar más de media hora tarde, quién sabe si el *sabra* todavía la esté esperando en el bar. Mal negocio. No puede hacerse cargo. No puede. Definitivo: no.

Ilana carga la caja en sus brazos, regresa y dobla en la calle Spinoza. La conciencia es un animal intermitente. Ilana apura el paso y —¡horror!— comienza a transpirar levemente. Los gatos tratan varias veces de escaparse de la caja. La veterinaria no aparece, Ilana ya casi ha llegado a la avenida Ben Gurión. ¿De dónde sacó lo de la veterinaria? No hay veterinarias en la calle Spinoza; además, si las hubiera, ya no estarían abiertas a esta hora. Ilana descubre la tontería que ha hecho: lleva una caja en brazos y no puede deshacerse de ella. No se atreve a abandonar la caja por ahí. Qué difícil es abandonar gatitos tan pequeños en un lugar donde se hundirán en el olvido y la insignificancia, eclipsados por una absorbente situación política que consiste en un vaivén entre guerra latente y guerra presente, mientras en otro canal de la realidad varios interlocutores decrépitos hablan sin cesar de un proceso de paz entretejido indisolublemente con el rediseño constante del mapa de la zona, un proceso que se antoja interminable porque, aunque avanza en algunos aspectos, siempre deja para el final la resolución de sus puntos más difíciles e intocables, y entonces, cuanto más cerca de su conclusión parece, más se aleja de ella, sobre todo si se considera la intransigencia de algunos de los sectores que componen a las partes involucradas y la fragilidad de las negociaciones, interrumpidas con cada

nuevo ataque o atentado. ¿Justo en un lugar así iba a dejar esos gatitos indefensos? Cómo podrían sobrevivir tres gatitos huérfanos en una tierra donde todavía hay padres que, habiendo perdido un hijo en combate, mandan su segundo hijo a la guerra como si así vengaran la muerte del primero; mientras que otros padres, en idéntica situación, exigen la paz para no perder también a su segundo hijo. ¿Justo en esa disyuntiva, justo en la bifurcación dibujada en la letra Y que separa las palabras GUERRA Y PAZ, justo ahí iba Ilana a abandonar esos tres gatitos inocentes de todo?

Ilana llega a la cita cuarenta minutos tarde. El bar de Dizengoff está repleto de gente que acaba de salir de sus empleos. Ahora sólo parecen personas en un bar, pero también son miembros adultos de una sociedad militarizada en la que casi todos saben algo de armas en virtud de haber cedido algunos años de sus vidas a la conscripción obligatoria, luego de la cual tuvieron la opción de firmar un contrato profesional para seguir trabajando en el ejército por algunos años más, para después tener aún la obligación de otorgar cierta cantidad de días al año como reservistas, esto último sólo hasta que se los dé de baja entre los cuarenta y los cincuenta años de edad. Esto es lo que son, o bien: sólo gente en un bar, al que Ilana entra luego de haber cerrado la caja

lo mejor posible, para que los gatos no se vean. Ilana atraviesa el calor y la música, busca al *sabra* que conoció la semana pasada. Han quedado en verse en la punta de la barra, pero ahí no está. Mira la otra punta: tampoco. Llama a una de las empleadas que atienden en la barra, trata de describirle al *sabra*. La otra le dice que sí, que ella misma ha atendido a un tipo así. Que estuvo solo, sentado en un extremo de la barra, por algo más de media hora; que en ese lapso se tomó una Goldstar y que cuando la terminó, pagó y se fue.

Ilana sale rápido del bar, mirando en todas direcciones. Fue un desencuentro de pocos minutos, a lo mejor el *sabra* todavía anda por la zona... Ilana busca, pero no ve a nadie conocido cerca. Sólo oye maullidos de juguete, tres hambres que le agradecen desde la oscuridad de la caja.

Si todo terminara de esa manera... Por ejemplo, FIN: Ilana saliendo del bar, Ilana con gatitos pero sin cita, punto, se acabó. Pero la vida no es así: la vida sigue, porque a la vida le importan un carajo las citas de las chicas con zapatos nuevos. ¿Qué hacer cuando la vida sigue después de un desencuentro? ¿Quedarse por ahí? ¿Volver a casa? ¿Seguir caminando hasta llegar a la playa, por ejemplo, sentarse en la arena dándole la espalda al rectilíneo arco iris del Hotel Dan, mirar el

atardecer sobre el trecho final del Mediterráneo? Eso no estaría mal, de no ser que para el atardecer Ilana también ha llegado tarde, porque ya es de noche. Prefiere entonces caminar sin rumbo, ir por ejemplo hacia la fuente de Agam, aunque bien podría ir en la dirección opuesta. Le da igual, camina por caminar. Ilana, ¡siempre puntual! Hoy, más tarde que nunca. Se aleja del bar cuarenta y ocho pasos, cuarenta y nueve, cincuenta...

Sin contar más: si todo pudiera terminar así, sin tener que contar el trueno y la lluvia horizontal, transparente y agresiva, la lluvia de gotas duras y cortantes, las flechas de vidrio que alcanzan las espaldas de Ilana aunque ya esté algo lejos del bar. Ojalá se pudiera obviar la enorme coliflor de polvo gris que crece en la noche mientras Ilana cae al piso con la caja entre los brazos. Ilana protege la caja de las astillas y las piedritas, cubre los maullidos inaudibles entre los gritos que gorgotean sangre. Desde el piso, primero ve el asfalto, granizado de cristales; luego, el fuego sobre la noche; por fin ve el bar, destrozado por la violencia de una muerte ensordecedora que despide llamas por los ojos y una polvareda venenosa por la boca. Ya no queda nada más que dolor y hierros retorcidos ahí donde Ilana debía estar tomando una cerveza con un *sabra* que se fue a tiempo porque ella llegó tarde, demorada por su coquetería y por tres

gatitos que paseó por una calle cualquiera de Tel Aviv, la calle Spinoza. Ella, Ilana: la que ahora yace tirada al borde de creer que todo es un cosmos regido por un orden superior y no un caos ingobernado, aunque a veces el caos pueda anidar enroscado dentro de ese cosmos; y si bien ella nunca antes ha estado ni cerca de esa creencia, ahora no puede menos que considerarla, porque en un momento así las opciones son creer o reventar, tal como reventó el bar al que Ilana llegó tarde. Ilana: coqueta y por eso a salvo, los gatitos también a salvo, los gatitos salvándola a ella, la demora de la calle Spinoza salvando a los gatitos y a Ilana, quien vivirá para contarlo todo desde cero. Que viva Ilana, que viva: por las grandes expectativas, por las marchas en la plaza, por todos los gatitos abandonados, por la calle de Baruj Spinoza, amén.

*Mayo de 2004*

De *Mapamundi*.  
© Martín Cristal, 2005.

[www.martincristal.com.ar](http://www.martincristal.com.ar)